

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

bía tomado la decisión de crecer”, mientras que le señor W sostenía que se había tratado de una “decisión consciente”. Les dije que no sabía cuál de los dos tenía razón. Cuando les pregunté a los padres si estaban preparados para reconocer que Christopher era “todo un hombrecito”, me respondieron que adaptarse a ello les llevaría otras dos semanas, pero que seguramente lo aceptarían. Hablamos luego de cómo podríamos celebrar este cambio en la vida del chico. Luego el señor y la señora W me contaron qué soluciones habían hallado para las disputas fraternas y que ahora ambos niños se ganaban privilegios asumiendo mayores responsabilidades. También se les había asignado a ambos un presupuesto de juguetes que ellos mismos debían administrar. A Christopher se le pidió además que se hiciera cargo de cuidar a su hermano menor a fin de que los padres pudieran salir juntos. El joven había aceptado, por otra parte, inscribirse en un club de yudo con la condición de que, una vez que comenzaran las clases, completaría todo un período. Considero que fue más que una coincidencia el hecho de que las soluciones halladas por los W fuesen muy semejantes a las de la otra familia que yo les había mencionado en nuestra primera reunión.

El señor y la señora W resumieron sus contactos conmigo del siguiente modo: en primer lugar, “el problema no era tan grave como pensábamos” y en segundo lugar, “Christopher parece haber tomado la decisión de crecer”. El joven sonrió satisfecho y divertido cuando todos coincidimos en que no era necesaria una próxima sesión.

15

Dos historias paralelas*

Prohibida la entrada a los menores de 5 años

Emily había causado gran inquietud en sus padres y especialmente en la madre durante los últimos dos o tres años. La niña jamás había logrado controlar sus intestinos a pesar de los esfuerzos que hicieron sus padres por ayudarla. Emily había sido atendida en el Hospital de Niños, y allí le habían diagnosticado que tenía el “intestino ancho”; de modo que se la sometió a una operación quirúrgica para ceñir los músculos que rodean el ano. Recientemente había sido atendida por un pediatra y un psiquiatra. El padre de Emily era maestro de escuela y la madre participaba activamente en una organización de padres de niños de edad preescolar.

Los padres caracterizaron la situación como la “batalla del inodoro”, una batalla en la que la madre oscilaba violentamente entre la humillación y la ira que le provocaba el hecho de que Emily se opusiera a ir al cuarto de baño sola, y la autocrítica por considerar que no estaba actuando como una “buena madre”. Además, se sentía mortificada por los períodos de constipación y de negativa a utilizar el cuarto de baño de su hija. Me di cuenta de que la madre de Emily creía que esta situación la había desacreditado ante sus colegas. Los padres sentían que habían hecho todo lo posible y que no habían obtenido ningún éxito. Para empeorar las cosas, cuando estaba en casa de su abuela, Emily iba regularmente al cuarto de baño, pero apenas regresaba a su propia casa recuperaba su antiguo hábito.

Cuando nos reunimos por primera vez, Emily me pareció una niña sumamente simpática y precoz. Hasta que me atreví a mencionar el problema de su “caca”. A partir de entonces, Emily se negó a tener ningún otro contacto conmigo y se refugió en la compañía de un amigo imagina-

*Publicado en *Dulwich Centre Review*, 1985, págs. 55-56.

rio. Les pedí a los padres algunas informaciones. Les pregunté qué edad tenía la niña. Emily tenía cuatro años y siete meses. ¿Sabían ellos dónde defecaba la niña cuando se la dejaba librada a su propia decisión? Sí, Emily hacía “caca” en su dormitorio, en el patio debajo de los escalones, junto al arenero y detrás del jardín. ¿Podían los padres reconocer alguna señal que les indicara que Emily estaba a punto de mover el vientre? Me respondieron que gracias al persistente trabajo de detectives que habían realizado, Emily era ya por completo predecible. Se ponía inquieta y de mal humor cuando aquello estaba a punto de ocurrir.

Puesto que ya lo habían intentado todo, les pregunté a los padres de Emily si estaban dispuestos a recurrir a un enfoque algo atípico. Y les dije que esta manera de enfocar el problema sería menos molesta que las que habían encarado ya. Aceptaron el desafío y me pidieron que obrara libremente. Le comuniqué al padre que quizás en algún momento se le exigiera cierto sentido del humor y que estuviera disponible todos los días durante cierto tiempo. A la madre le expliqué que tendría que dejar de lado sus sentimientos de culpa y censura y adoptar una actitud que por momentos podría parecerle poco ortodoxa. Les dije además que tendría en cuenta todas las preguntas y salvedades que ellos pudieran formular y que haría todo lo posible por satisfacerlas. También les informé que no tenía idea del tiempo que llevaría resolver el problema de Emily con el procedimiento que aplicaría, pero que el cambio, cuando se diera, sería espontáneo y aparentemente inexplicable. Les advertí que tendrían que reprimir el deseo de explicarle a Emily lo que harían y que sencillamente deberían aceptar el éxito cuando éste se presentara.

Luego me reuní con los padres de Emily en ausencia de la niña. Les aconsejé que colocaran inmediatamente un cartel en la puerta del cuarto de baño que dijera “Prohibida la entrada a personas menores de 5 años”. Deberían leerle regularmente el cartel a Emily y explicarle lo que significaba. Cada vez que Emily quisiera entrar en el cuarto de baño o fuera sorprendida allí, debería ser enviada a cualquier otra parte. Si la niña lograba escabullirse clandestinamente eludiendo la vigilancia de los padres y defecaba en el inodoro, ellos deberían leerle nuevamente el cartel, quitar las heces y enterrarlas de nuevo en uno de los lugares donde habitualmente las depositaba Emily. El padre, que era quien se sentía menos derrotado, debía encargarse principalmente de detectar los deseos de la niña de mover el vientre. Apenas advirtiera que esto estaba a punto de ocurrir debía comenzar a preguntarle a Emily cuál era el lugar que ésta consideraba más apropiado para hacer “caca”. Si ella elegía, por ejemplo, las proximidades del arenero, él debía defender la posibilidad de hacerlo bajo la escalerilla del patio. Si en cambio la niña decía que quería hacer sus necesidades bajo la escalerilla, él debería tratar de convencerla de que era preferible ir detrás

del jardín y ofrecerle varios argumentos que defendieran su elección. Los ayudé a repasar el programa durante la entrevista y los padres de Emily pronto se convirtieron en dos expertos. A medida que se fueron acostumbrando a la idea, los padres se mostraron progresivamente más divertidos.

No volví a ver a la familia, pero les telefoné tres días antes de que Emily cumpliera los cinco años. Ante mi asombro, el padre me contó que la niña estaba utilizando el cuarto de baño el 75% de las veces. Seis meses después hablé con la madre y ésta me dijo: “Sencillamente dejó de hacerlo algunos días después de haber cumplido los cinco años. Volvió de la escuela, se dirigió al cuarto de baño y me dijo: ‘Desde ahora siempre lo haré aquí’”. Emily cumplió su palabra.

Margarina, lubricante para ejes, pasteles de barro y el Hada del Crecimiento

Kate era una tímida e insegura niña de “casi diez años” con dos problemas, ambos inaceptables para cualquier niña de su edad. El urólogo infantil que la trataba creía que, en el caso de Kate, el problema número dos era el causante del número uno. Cuando Kate tenía seis semanas de vida se le diagnosticó una “infección de vejiga recurrente” y el médico comenzó a suministrarle antibióticos. Ocasionalmente se le había suprimido esa medicación, pero el período más largo que había permanecido la niña sin reinfección había sido de dos semanas. Aunque la madre de Kate me dijo que, según el médico, “desde el punto de vista anatómico todo estaba bien y que creía que Kate superaría el problema”, era vital continuar mientras tanto con la medicación a fin de evitar que le quedaran lesiones en los riñones.

El segundo problema consistía en que durante “muchos años” Kate se había “ensuciado” intermitentemente una, dos y hasta tres veces por semana. El médico opinaba que ésta podía ser la causa de tantas infecciones en las vías urinarias. No es sorprendente entonces que se haya pensado que la incapacidad de Kate de controlar sus intestinos amenazara potencialmente su vida. Los padres habían intentado todos los caminos posibles que incluían numerosos tratamientos contra la encopresis. Como resultado de ello se habían convertido en dos expertos en la materia y la madre se sentía sumamente culpable porque según dijo: “desde el punto de vista psicodinámico siempre se trata de la culpa de la madre”.

Después de presentarnos y de que yo le solicitara los datos estadísticos que exige la institución, me volví hacia Kate y le pregunté: “¿Quieres ser sucia?” La niña me replicó: “¡Sí!” Le dije entonces: “En ese caso, ¿nego-

ciarías una suciedad por otra?” Kate me miró sin comprender, de modo que continué: “Bien, ¿considerarías un trato justo, un buen negocio cambiar la cola sucia por las manos sucias?” Mi proposición pareció despertar cierta curiosidad en la niña, que me pidió que continuara. Le sugerí pues que se ensuciara las manos todas las noches unos diez o quince minutos antes de bañarse. Les pregunté a la madre, el padre y la hermanita de siete años si estaban dispuestos a ayudarla y todos ellos me respondieron afirmativamente, aun cuando yo no les había dicho en qué consistiría la ayuda. Kate y yo analizamos un poco más la manera de hacerlo y luego asignamos diferentes tareas. La madre le pondría margarina en las manos, el padre grasa para ejes y la hermanita la embadurnaría con pasteles de barro. El padre y la madre se echaron hacia atrás en sus sillas y comenzaron a relajarse. Inmediatamente parecieron menos inquietos. Kate y yo nos dimos la mano y sellamos así nuestro convenio, un pacto justo.

Entonces cambié de tema y empecé a reflexionar sobre el hecho de que tener “casi diez años” era “casi como haber crecido” y le pregunté a Kate si alguna vez se había detenido a pensar en ello. La niña tuvo que admitir que no. Le formulé una serie de preguntas relacionadas con esta cuestión: “¿Crees que estás madurando muy rápidamente? o ¿crees que lo haces a un ritmo un poco lento? ¿Vas rápido, lento o al ritmo que corresponde?” Seguí avanzando en este terreno mencionando algunas de las cosas que un niño va abandonando a medida que crece, juegos tales como construir castillos de arena en la playa, la pata coja y lecturas como los libros de Enid Blyton y costumbres como ir a dormir con un osito. Le sugerí que también madurar era excitante, aunque ciertamente tenía sus inconvenientes; seguidamente le pregunté si alguna vez pensaba en esos inconvenientes. Y le dije: “Probablemente pienses que salir con muchachos sería muy divertido. Bien, ¿qué ocurriría si le gustas a dos jovencitos al mismo tiempo y debes rechazar a uno de ellos y romperle el corazón?” Continué dándole varios ejemplos de que madurar era un arma de doble filo, para llegar finalmente a la conclusión de que, por supuesto, era una decisión que sólo correspondía a ella y le dije que analizara las dos caras del asunto. Luego le pedí a Kate que se trasladara a otra habitación junto con su hermana y que reflexionara sobre lo que habíamos charlado; mientras tanto yo hablaría con sus padres.

Les pregunté entonces a los padres si estaban dispuestos a colaborar con Kate infundiendo en la casa un clima de diversión. Ambos aceptaron con entusiasmo. Les pedí pues que escribieran a Kate una serie de notas breves firmadas por el Hada del Crecimiento con un estilo exagerado y gracioso y se las dejaran cada noche junto a la cama. En esas notas debían explicarle a su hija que el rol del Hada del Crecimiento era dar seguridad a los niños inmaduros y ayudarlos a alcanzar la madurez correspondiente a

su edad. Cuando logra esto, el Hada del Crecimiento debe reclamar una amistad más estrecha con el Hada de los Dientes, una buena amiga de todos los niños. Además el Hada debía comentar en las notas el éxito o el fracaso en mantenerse limpia. Sugerí comentarios tales como: ¡“Realmente has crecido! Quizás haya llegado el momento de que me vaya!” O: “¡Qué mal! Volviste a ensuciarte, pero sé que hiciste todo lo posible por evitarlo. Sé que mañana tendrás más suerte porque te he dado más crecimiento. Tu amiga, el Hada del Crecimiento”.

Cuando las niñas regresaron al consultorio, Kate había tomado una decisión inequívoca de crecer. Su hermanita prometió solemnemente ayudarla. Pregunté entonces cuánto tiempo haría falta para que Kate mereciera una Fiesta de Crecimiento. La niña aseguró que tres meses sería un lapso conveniente. Los padres estuvieron de acuerdo.

Tiempo después recibí una carta que, según me informaron luego sus padres, Kate había escrito espontáneamente. La carta decía:

Estimado señor Epston:

Fui a visitarlo hace ocho semanas. En ese momento decidí que debía crecer. Al principio tuve algunas dificultades, pero ya hace un mes que estoy “limpia”. De modo que ahora puedo rodar tranquilamente en mi skate y mi familia está orgullosa de mí. Gracias por su ayuda.

Kate.

Volvimos a encontrarnos antes de la Fiesta de Crecimiento de Kate, que consistiría en una cena especial en un restaurante con toda la familia. Kate me contó que madurar le había resultado bastante fácil a las tres semanas de nuestra primera entrevista y que pensaba que el Hada del Crecimiento era su padre. El insistió en negar que hubiera sido el autor de las notas porque “no parecía mi letra... era una letra con muchos garabatos”. Sugerí pues la posibilidad de que el Hada del Crecimiento hubiese trabajado en combinación con el padre y la madre a fin de ayudarla a madurar. Como no pudimos resolver la cuestión, Kate decidió que “crecí sin necesidad de Hadas”. Antes de despedirnos le regalé a Kate un gallardete que tenía dibujado un elefante muy ruborizado que se volvía para mirar un gran montón de excrementos. Abajo decía “¡Nadie es perfecto!” y comenté: “¡Espero que no pienses que tienes que ser tan buena!”

Varios meses después Kate defecó accidentalmente mientras se bañaba. Aunque los padres no se mostraron extremadamente preocupados por ello, preferí escribirle a Kate:

Querida amiga:

Creo que ha llegado el momento de que te diga que los niños y niñas que crecen muy velozmente sufren algún “resbalón”. Es por ello que te regalé la banderilla con el elefante que “se olvidó” y tenía mucha ver-

güenza. Obsérvate bien y comprenderás lo que te quiero decir. Quiero que sepas que es bueno cometer errores y aprender de ellos. Me pregunto cuántos errores más podrás cometer antes de madurar del todo. Esta es justamente la época en que los niños y niñas cometen errores y tú puedes ser una de esas niñas. Hasta los elefantes que son famosos por su memoria, a veces se "olvidan". Pero recuerda que los errores y los resbalones son buenos porque te enseñan a mejorar.

Este es el fin del problema número dos, aunque Kate tuvo que continuar con su tratamiento de antibióticos. Finalmente, los padres me informaron que la niña había perdido en gran parte su timidez, disfrutaba más de las salidas, se había vuelto más segura de sí misma y "más agradable porque ya no había que preocuparse tanto por ella".

16

Usted nunca nos dijo que éramos malos padres

Una colega me pidió que la aconsejara. Había estado atendiendo a una familia durante cierto tiempo sin obtener resultados visibles. Me contó que la familia Jones había consultado ya a la mayor parte de las instituciones principalmente dedicadas al tratamiento de niños sin lograr tampoco allí ningún resultado notable. Lo que preocupaba sobre todo a mi colega era que la señora Jones le había telefoneado recientemente, muy inquieta, para informarle que Jason, su hijo de ocho años (cuya cleptomanía había alcanzado tales proporciones que la familia se había visto obligada a hipotecar la casa), estaba hiperactivo. Después de leer un artículo en el periódico local, y después de haber asistido a un grupo para padres, la señora Jones se sentía capaz de diagnosticar el problema que aquejaba a su hijo. Además lo había sometido a una dieta controlada e informaba que había obtenido un éxito bastante notable. Sentía que había encontrado la respuesta para el problema de Jason y, como es fácil comprender, se hallaba muy entusiasmada con el curso que estaban tomando los acontecimientos. Le dijo a mi colega que había escrito un libro sobre todo el asunto y que quería que ésta le diera su opinión antes de la siguiente reunión. El "libro" llegó puntualmente; tenía una extensión de 15 páginas concienzudamente corregidas y encuadernadas, envueltas con una faja de encuadernación.

Mary Jones era un miembro de una gran familia maorí muy amplia. Jack Jones era un inmigrante inglés. Como no tuvieron hijos, los Jones adoptaron informalmente a Jason, quien manifestó ser un niño extremadamente difícil desde el principio. Mary escribió:

Como Jason siempre fue un chico tan difícil de corregir, con frecuencia yo le pegaba. En algunas ocasiones hasta le dejé magulladuras. Esta situación provocó varias discusiones entre mi marido y yo. Las disputas